



## «Una cita para entreverse»: en torno a la entrevista.

Montse Quesada

Universitat Pompeu Fabra

El título que sugerí para enunciar esta conferencia es “Una cita para entreverse”. Es posible que alguien piense que es un título con pretensiones literarias, pero lo cierto es que nada estuvo más lejos de mi intención. Con ese título sólo quise hacer un primer guiño a mi auditorio para indicarle que en el ámbito del periodismo las buenas entrevistas sólo se consiguen cuando el entrevistador y el entrevistado aceptan, de buena fe, dos condiciones previas: a) que ambos decidan libremente compartir un tiempo y un espacio para conversar y b) que ambos estén de acuerdo en permitir que el otro curioseé en su personalidad y en su manera de ser

Llamo la atención sobre el hecho de que estamos hablando de una conversación, es decir, de un *diálogo* entre al menos dos personas que, inicialmente, están de acuerdo en reunirse para conversar bajo unas determinadas reglas.

Imaginemos, por ejemplo, un interrogatorio –ya sea policial, médico o de cualquier otro tipo– en el que el entrevistador fuera el único que fijara las reglas del diálogo. Lo que ocurriría en ese caso sería que quien preguntara atendería solamente a las respuestas que le sirvieran bien a su propósito de información y descartaría, por lo tanto, los comentarios o declaraciones que se desviarían de ese objetivo. Por su parte, quien respondiera, obligado a no permanecer en silencio en una situación que no ha elegido libremente, no mostraría demasiado interés en participar en la conversación y limitaría sus intervenciones a la mínima expresividad posible. Es fácil imaginar que tampoco se mostraría demasiado interesado en permitir que su interlocutor le percibiese como realmente es, piensa y siente.

© *Boletín Hispánico Helvético*, volumen 12 (otoño 2008).

“Una cita para entreverse”: en torno a la entrevista



Las circunstancias comunicativas que se dan cita en una situación de interrogatorio no son las que facilitan que el diálogo entre los actores participantes fluya libre y cómodamente y, en consecuencia, nada tienen que ver con las que resultan imprescindibles en el contexto de una entrevista periodística.

Cuando no se dan esas circunstancias, el género de la entrevista queda reducido a una simple técnica, parecida a la que se utiliza en otros muchos ámbitos profesionales, con la que el periodista trata de obtener algún tipo de información del entrevistado y éste, a su vez, intenta dar a conocer sus opiniones –siempre interesadas– sobre algún tema de actualidad (Rodríguez 1984: 6).

Etimológicamente, *entrevista* se deriva de la palabra francesa *entrevoir*, que significa ‘verse el uno al otro’. En el ámbito periodístico, entendemos la entrevista en un doble sentido: a) como un método mediante el que un profesional de la información entra en contacto con un personaje público, del que ha presupuesto un interés periodístico, bien por sus declaraciones, por su cargo o por su propia personalidad (Quesada 1984: 119); b) como el producto final que el periodista elabora, después de haber conversado con el entrevistado y de aplicar unas técnicas específicas de interrogación.

En general se acepta que el éxito de una entrevista compete por igual al entrevistador y al entrevistado, a su buena y mutua predisposición a dialogar, al interés que cada uno ponga en el otro y al *feed-back*, en definitiva, que se produzca en el instante único e irrepetible de la comunicación (Quesada 1994: 235).

De todos los géneros periodísticos a los que puede acogerse el periodista para explicar, interpretar y analizar la realidad social – esa es su función principal –, la entrevista es el que, con toda probabilidad, entraña mayores dificultades porque en su ejecución intervienen elementos complejos que deben ser innatos en el entrevistador y que no dependen de su mejor o peor formación académica; ni siquiera, de su mayor o menor experiencia profesional.

Porque para ser un buen entrevistador, además de la formación y el conocimiento del oficio, hay también que estar en posesión de algunas cualidades personales que no se aprenden en ninguna Facultad de Periodismo.

El don de escuchar, entender y aprehender al prójimo, interpretando en el sentido correcto sus palabras y registrando con precisión semántica todos sus gestos, sus inflexiones de voz, sus silencios, el movimiento de sus manos o las variaciones de su



estado anímico no lo poseen todos los periodistas por igual. Y es esa cualidad natural la que, al final, acaba estableciendo la existencia de los buenos entrevistadores entre las filas de los periodistas.

Ni todos los buenos periodistas suelen ser buenos entrevistadores, ni todos los buenos entrevistadores acostumbran a ser buenos periodistas. La realización de una entrevista exige, además del dominio de la técnica, una especial capacidad para el diálogo –lo que en otra época se llamaba don de gentes– y una sensibilidad particular para conversar, dialogar y comprender con exactitud no sólo las ideas sino también los sentimientos que en cada momento asomen en el diálogo.

Además, debe ser capaz de activar esa sensibilidad particular frente a todo tipo de personas, pues el abanico de entrevistados a los que se tendrá que enfrentar a lo largo de su vida profesional probablemente sea inagotable.

El mayor obstáculo que debe superar todo entrevistador es el hecho de que, simultáneamente, tiene que oír, observar, preguntar, comentar, responder, percibir, recordar... y todo ello mientras está pendiente de que la conversación quede bien grabada o bien de tomar nota de todo cuanto acontezca en dicho encuentro.

Sin duda, no es una tarea fácil, mucho menos cuando se tiene poca experiencia en este género y cuando, a pesar de la abundante bibliografía disponible, los problemas que se plantean en cada entrevista no suelen encontrar una solución rápida en los manuales que descifran las claves de este género periodístico.

Un buen entrevistador no se limita a reproducir después en el papel aquello que ha quedado registrado en su grabadora. Como buen profesional de la información, debe ir mucho más allá del significado literal de las palabras. Debe comprender profundamente a las personas que entrevista, además de entenderlas. Y comprenderlas significa saber captar los mensajes de la comunicación no verbal que se van colando sutilmente en la conversación. Mensajes subliminales que contienen una ingente cantidad de valiosa información para interpretar lo que de manera implícita, y frecuentemente de modo involuntario, está tratando de comunicar el interlocutor (Quesada 1992: 65).

La observación y, por supuesto, la adecuada decodificación de este complejo sistema de comunicación facilita enormemente la tarea de conducir la entrevista por el terreno que más pueda interesar a la opinión pública, aunque no siempre sea el terreno más deseado por el entrevistado ni el más cómodo para el entrevistador.

*“Una cita para entrevistarse”: en torno a la entrevista*



Un buen ejemplo de lo que digo es la entrevista a Hans Magnus Enzensberger realizada por el periodista de *La Vanguardia* Víctor Amela. A pesar de las constantes protestas del entrevistado ante las preguntas que le formula el periodista, éste logra salvar todos esos escollos y, con gran maestría, acaba consiguiendo una pequeña joya periodística que cumple a la perfección el objetivo de permitir que los lectores “sientan” la presencia y la humanidad de este ilustre filósofo.

Observen en el texto la contundencia con que el entrevistado se rebela:

- “Está haciéndome preguntas personales... ¿Y si le preguntase yo sobre usted? Podríamos mentirnos: ¿qué valor tiene esto, pues?”

Se posiciona frente a la conversación y protesta cada vez que tiene ocasión:

- “Me hace sentir incómodo, porque veo lo que busca: quiere que me defina, ¡quiere clasificarme! Peor: ¡quiere que yo me autodefina! No seré cómplice de ese reduccionismo suyo...”

A lo largo de todo el diálogo, Enzensberger se mantiene firme en sus trece:

- *Quiero pedirle ahora una opinión...*
- ¿Una opinión? ¿Y por qué? ¡Mi opinión no vale más que la de aquel señor de la calle!
- *Usted es poeta: ¿cuál es su verso favorito?*
- ¿Lo ve? Otra vez hace usted lo mismo: buscar la frase redonda, la sentencia, el aforismo, el titular. Ya entiendo su método...

Y ante la pregunta inocente sobre su relación con sus nietas, que busca el perfil humano, el entrevistado responde categórico:

- ¿Ya quiere otra frase? Con mis nietas camino por el monte, no voy dando consejos.

Comprender al entrevistado quiere decir “ponerse en su lugar”, “hacerse cargo de su situación”, “acercarse a su humanidad”; en definitiva, hacer suyo el significado profundo de la información que se recibe, sin limitarse a la literalidad y a la superficialidad de las palabras que se pronuncien.

Montse Quesada

126



Dice un viejo proverbio árabe que quien no comprende una mirada, tampoco comprenderá una larga explicación. Y creo que no hay duda de que, en esta breve entrevista, Víctor Amela consigue que, más allá de la divertida rebeldía del entrevistado, el lector pueda asomarse a su verdadera naturaleza y gozar con su particular humanidad.

Probablemente, una de las características más interesantes de este género sea la capacidad de testimonio que toda entrevista entraña. Más que cualquier otro género periodístico, la entrevista consigue transmitir al lector la sensación de estar asistiendo en primera persona, como testigo mudo y privilegiado, a la conversación mantenida entre el entrevistador y el entrevistado, y esa sensación, a veces muy vívida, se produce independientemente del tipo de entrevista por el que el periodista haya optado e incluso al margen del tipo de lenguaje que utilice para su redacción.

La entrevista es, no cabe ninguna duda, un género emotivo que pretende atrapar al receptor con su cercanía (Vidal 1998: 289). El lector 'siente' que se le habla (Rodríguez 1984: 2) y es, precisamente, esa proximidad con la audiencia y esa capacidad para incidir en las emociones de los lectores y afectarles en su estado de ánimo la que la convierte en un género perdurable en el tiempo.

A diferencia de otros productos periodísticos, como las noticias o las crónicas, que mueren casi a la misma velocidad con la que nacen, las entrevistas son más longevas, suelen instalarse en el recuerdo de los lectores y casi siempre son únicas e irrepetibles para mayor gloria de sus autores.

Aunque en su origen la entrevista nació como una modalidad del género del reportaje, con el tiempo la entrevista ha pasado a convertirse en un género independiente, con características y estructuras propias que la distinguen de cualquier otro género periodístico y con una historia y una evolución que la han llevado a ocupar un espacio central en todos los medios de comunicación (López 1997: 75).

La práctica generalizada del periodismo informativo, que inundó los medios escritos y radiofónicos tras la primera guerra mundial, y la posterior evolución en los años 60 hacia las formas narrativas inspiradas en el Nuevo Periodismo anglosajón, constituyen el contexto profesional que derivó en la distinción fundamental entre los dos tipos principales de entrevistas: las *entrevistas informativas* y las *entrevistas literarias* o *de creación*.

Las primeras continuaron con la vieja tradición de recoger en un texto las declaraciones y opiniones que hacían públicas los

“Una cita para entrevistarse”: en torno a la entrevista



personajes implicados en la actualidad periodística. Las segundas, en cambio, se marcaron el objetivo de dar a conocer, a través de un lenguaje literario más elaborado y menos estructurado, la personalidad del entrevistado y su particular modo de ser y de sentir.

Una de las principales diferencias entre estos dos tipos de entrevista reside en la distinta incidencia que sobre ellas tiene el elemento de actualidad.

Mientras las entrevistas informativas no encuentran justificada su publicación si no es porque el contenido de la información que ofrece el entrevistado está directamente relacionado con la más rabiosa actualidad periodística, las entrevistas literarias o de creación se definen como textos periodísticos atemporales, cuya publicación no responde al criterio universal de la actualidad periodística (Quesada 1994: 303).

La otra gran diferencia entre ambos tipos de entrevistas tiene que ver con el estilo de redacción que se utiliza para su elaboración. Aunque es obvio que cada entrevistador acaba desarrollando su propio estilo e imponiendo su sello de marca a cada una de sus producciones, en general se puede afirmar que las entrevistas informativas se redactan siguiendo las pautas del más puro estilo periodístico, mientras que las entrevistas de creación discurren libres por el más flexible lenguaje literario.

En términos periodísticos, no resulta el mismo texto una entrevista realizada a un portavoz oficial que centra su interés principal en recoger unas determinadas declaraciones sobre un tema de actualidad, formuladas desde la institución que representa, que una entrevista a ese mismo portavoz en la que se le da la oportunidad de hablar en nombre propio y de presentarse ante la audiencia de los medios como una persona próxima, de carne y huesos.

Según los objetivos informativos que los interlocutores persigan con su encuentro, y según las circunstancias que se den cita en la conversación, cada entrevista se ajustará mejor o peor a uno u otro tipo.

Por otro lado, no olvidemos que en este género, como en todos los géneros interpretativos, la hibridación es ya una práctica habitual que ha venido a enriquecer en gran medida los productos periodísticos que finalmente se ofrecen al público. Hoy en día ya es habitual hablar, por ejemplo, de *entrevistas reportajeadas*, que no son más que el resultado de la hibridación entre el género de la entrevista y el género del reportaje.



Sin embargo, las nuevas modalidades de entrevista periodística que han ido surgiendo a lo largo del tiempo no han conseguido modificar la tipología principal, de manera que hoy en día debemos seguir hablando de la entrevista informativa y la entrevista literaria o de creación como las dos principales modalidades de este género periodístico.

#### LA ENTREVISTA INFORMATIVA

La entrevista informativa está siendo en los últimos quince años, en toda la prensa occidental, la entrevista por antonomasia. La tendencia a priorizar las declaraciones de los personajes públicos en detrimento de la investigación periodística o de otras técnicas para obtener información sobre los hechos que provocan dichas declaraciones no sólo no ha cambiado de signo, sino que ha continuado en aumento.

Tanto es así que la mayoría de entrevistas que en la actualidad se publican en todos los medios responden principalmente al tipo general de entrevista informativa y, dentro de ella, al subtipo que denominamos específicamente *entrevista de declaraciones*.

Criticado por la mayoría y apenas apreciado –cuando no directamente menospreciado– por los propios profesionales de la información, el periodismo de declaraciones es el que cede el tiempo y el espacio informativos –por supuesto, también el protagonismo más absoluto– a las fuentes de información y llega al extremo de dejar que sean éstas las que, aplicando sus propios criterios sobre lo que debe ser la actualidad y el interés periodísticos, establezcan constantemente la agenda temática de los medios.

En un tono airado y contundente, la que en otro tiempo fuera Defensora del Lector en el diario *El País*, Soledad Gallego-Díaz, ha llegado a escribir que antes era el periodista quien tenía la iniciativa de la información, “mientras que ahora son los propios interesados quienes deciden cuándo, dónde y de qué quieren hablar y quienes dan por supuesto que los medios de comunicación están obligados a recoger ampliamente esas declaraciones”.

De la usurpación que hacen las fuentes de información de las funciones que deberían corresponder en exclusiva a los periodistas nace la submodalidad de la *entrevista de declaraciones*. Su origen está, pues, en las ruedas de prensa, en las declaraciones oficiales y en los comunicados de los gabinetes de prensa.

La estructura de redacción apropiada para este tipo de textos se ajusta bien al modelo clásico de Pregunta/Respuesta, que no

“Una cita para entrecerse”: en torno a la entrevista



deja espacio ni oportunidad para incluir ningún comentario marginal del periodista o artificio literario que pudiera distraer la atención del receptor sobre las palabras pronunciadas por el entrevistado.

La entrevista de declaraciones y, en general, la entrevista informativa agota su objetivo periodístico al ofrecer al personaje entrevistado la posibilidad de pronunciarse sobre determinados hechos de actualidad, respetando la literalidad de sus palabras y la intencionalidad de su discurso.

Dentro de la entrevista informativa, hay también que hacer una mención especial al subtipo conocido con el nombre de *entrevista de indagación*. Los manuales de periodismo se ocupan poco de ella por considerarla una entrevista que sólo se utiliza en el contexto específico del Periodismo de Investigación.

En el proceso metodológico que culmina con la publicación de un reportaje de investigación, la entrevista de indagación se corresponde con la entrevista final que obligatoriamente debe hacer el periodista al implicado principal en un asunto que ha sido previamente investigado. El objetivo que se persigue con ella es dar la oportunidad al entrevistado para que se defienda de las acusaciones que el periodista va a publicar en su reportaje de investigación.

El hecho de que sea el periodista quien, con su trabajo de investigación destape una información que hasta el momento permanecía oculta, obliga a las fuentes implicadas a responder ante la opinión pública. En este contexto, la entrevista de indagación fuerza al entrevistado a presentar en su defensa pruebas verificables –y no solamente declaraciones volátiles– que le eximan de su responsabilidad y su participación en los hechos investigados que atentan contra el interés general.

Algo muy característico de este tipo de entrevistas es el nivel de tensión que suele darse entre los interlocutores. Debido a ello, es imprescindible que el periodista acuda a la entrevista sin prejuicios porque sería inaceptable que, amparándose en la ventaja que le da el haber realizado previamente una investigación periodística, no se esforzara al máximo por comprender exactamente todo lo que le diga el entrevistado porque a nadie se le escaparía que, en una situación de gran tensión, no resulta fácil expresarse con claridad ni con coherencia.

Muchas veces la tensión que genera la situación conversacional –el periodista imputando al entrevistado unas determinadas acciones que atentan contra el interés público y éste tratando de defen-



derse de tal acusación—puede llevar al periodista poco familiarizado con este tipo de entrevistas a sentirse inseguro frente a una fuente poderosa. De hecho, es habitual que el periodista investigador reciba presiones —incluso amenazas— para que no publique lo investigado. Naturalmente, el grado de presión y de coacción que reciba será directamente proporcional al poder de los investigados y a la peligrosidad del tema investigado; pero esta situación complicada no puede servir nunca de excusa para dejar de realizar estas entrevistas.

En el ya histórico caso Watergate, los dos periodistas del *The Washington Post* llegaron a intentar establecer una misma entrevista hasta veintiocho veces con una fuente implicada en la investigación, hasta que, finalmente, consiguieron que aceptara pactar las reglas del juego y conversar con ellos en una entrevista de indagación.

Otra cuestión importante de la entrevista de indagación es la necesidad de que el periodista evalúe constantemente el valor periodístico de cada información que aflore en la conversación. Porque sería un gran error confundir el valor periodístico de unas declaraciones con el interés personal que las mismas puedan suscitar, tanto en el periodista al escucharlas como en el entrevistado al pronunciarlas.

En otro sentido, hay que partir de la base de que muy probablemente el periodista investigador no vaya a disponer de una segunda oportunidad para volver a hablar con esa persona. Y, como consecuencia de ello, no puede permitirse el lujo de desaprovechar la ocasión de sacar el máximo rendimiento posible de ese único encuentro.

Recordemos, por último, que en estas entrevistas no se trata en ningún caso de solicitar la aprobación del redactado final del reportaje, ni de justificar ante la fuente implicada la investigación que se ha concluido. Tampoco sería pertinente por parte del periodista aprovechar ese encuentro para *atemorizar* a su entrevistado con la próxima publicación del reportaje que le implica. Muy lejos de todo ello, el objetivo principal de la entrevista de indagación es conocer la versión que de los hechos quiera dar el entrevistado y escuchar con la máxima atención los argumentos que tenga a bien brindarle para justificar su actuación.

#### LA ENTREVISTA LITERARIA O DE CREACIÓN

Si hasta aquí hemos hablado de la entrevista informativa y de los principales subtipos que el tiempo y la práctica profesional han

“Una cita para entrevistarse”: en torno a la entrevista



acabado por consolidar, ahora presentaremos la *entrevista literaria* o *de creación* que, según José Acosta Montoro, es aquella otra en la que “intervienen muy esencialmente las dotes personales de quien la realice: observación, ambiente, creación y recreación, mundo de resonancias y de sugerencias, más prosa propia que ajena, dirección, en fin, de orquesta” (Acosta 1973: 126).

Se ha escrito muy poco sobre este tipo de entrevista, a pesar de que son muchas las publicadas a lo largo de las tres últimas décadas. Ubicada habitualmente en los suplementos dominicales de los diarios o en sus páginas de cultura –también en las revistas de distinta periodicidad–, las entrevistas literarias o de creación tienen la particularidad de que presentan una mirada distinta sobre los personajes públicos que se asoman habitualmente a los medios, tamizada siempre por la particular sensibilidad del periodista que las firma.

El objetivo periodístico que se persigue con esta entrevista no es sólo presentar las declaraciones que sobre un tema de actualidad realiza un personaje público, sin más pretensión que interferir el mínimo posible en ellas, sino ofrecer, además, una nueva dimensión estética del texto que lo dote de un sentido global como obra.

El interés periodístico de una entrevista de creación viene dado, en consecuencia, además de por las declaraciones del entrevistado que eventualmente pueda contener, por la propia narración que el periodista elabore sobre el personaje y sobre su particular personalidad, tomándole a él como mensaje informativo además de como eventual fuente de información.

En este tipo de entrevistas el periodista aporta mucho más de su propia personalidad que si actuase como un simple informador, y en su modo de narrar la entrevista va implícita una mayor libertad creativa o literaria.

Caracteriza a esta entrevista una especial atención a cómo lo dijo, por qué lo dijo, qué podía estar pensando cuando lo decía, y qué quería decir en realidad con lo que estaba diciendo. Todo ello visto a través de los sentidos de un profesional de la información que ejerce en este caso, a la vez que de periodista, de narrador literario, de autor creativo, y que después deberá mezclar con maestría la información obtenida del entrevistado con la percepción que la conversación y el ambiente hayan provocado en él (Quesada 1994: 304).

La intencionalidad o actitud esencial con que el periodista debe afrontar la entrevista de creación parte de la asunción del *factor subjetivo* como mediador de la conversación para, a través de la



utilización de un lenguaje narrativo y de creación, ofrecer al lector una multiplicidad de interpretaciones, una pluralidad de lecturas, lo que Umberto Eco denominaría una “obra abierta”.

De esta manera se consigue que la entrevista de creación presente cada vez una *forma* diferente, nueva y distinta a todas las anteriores, pues cada texto redactado no es más que “el fruto de la relación irreplicable que se ha dado entre dos interlocutores” (Bingham 1973: 22).

También se logra con estos textos que la atención del lector no se disperse, motivándole a asumir sin reticencias lo novedoso y sorprendente de las nuevas estructuras y facilitando así el establecimiento de una función comunicativa que va más allá del simple contenido informativo de las declaraciones de las que da cuenta.

#### LA TÉCNICA

Para ir finalizando esta conferencia, me gustaría detenerme un instante en la técnica de realización de las entrevistas periodísticas.

No hay duda de que el éxito de una entrevista depende tanto de lo que el periodista haga antes de formular la primera pregunta como de la habilidad que muestre para dirigir la conversación. Estos son, a la hora de la verdad, los dos elementos claves que entran en juego en la técnica de la entrevista: la documentación previa al encuentro y la preparación de las preguntas que deban formularse.

El periodista que no pueda dedicar tiempo y esfuerzo a esas dos cuestiones perderá la oportunidad de realizar una buena entrevista y puede, incluso, poner en peligro la propia entrevista si el entrevistado se niega a aceptarle como un buen interlocutor (Quesada 1994: 255).

Prepararse para hacer una entrevista quiere decir, en primer lugar, documentarse a fondo sobre la persona a quien se va a entrevistar. Como afirma David Vidal desde la pragmática lingüística, “vamos a establecer conversación con un personaje sobre los temas que él domina; el contexto que se establecerá será, pues, *su terreno*” (Vidal 1998: 330).

El proceso de documentación comienza con la información que se pueda encontrar sobre el entrevistado en las hemerotecas, ya sea debido a entrevistas concedidas con anterioridad o como consecuencia de anteriores intervenciones que haya realizado ante los medios de comunicación.

“Una cita para entrevistarse”: en torno a la entrevista



Hablar con otros periodistas u otras personas que le conozcan personalmente puede también brindar la oportunidad de acceder a un tipo de información que habitualmente no aparece reflejada en los medios, pero que puede ser de gran utilidad para preparar el encuentro.

Si el periodista dispone del tiempo suficiente, es también recomendable que consulte algo de la bibliografía sobre los temas en los que el entrevistado sea experto. Con ello conseguirá desarrollar un conocimiento básico sobre la especialidad que maneja el entrevistado en su ámbito laboral y evitará que la conversación se convierta en un monólogo técnico e inaccesible, en el que sin duda se pondrá en evidencia la falta de profesionalidad del periodista.

No olvidemos nunca que el público que finalmente será el destinatario de estas entrevistas suele reconocer con bastante facilidad aquellas en las que el entrevistador no se ha documentado a fondo, como sería preceptivo. Casi siempre son entrevistas en las que las preguntas son demasiado generales, o tópicas, y en las que son frecuentes los cambios bruscos de tema, consecuencia natural de una conversación deshilvanada por la incapacidad del periodista para seguir con naturalidad el hilo de las respuestas que haya ido ofreciéndole el entrevistado.

Si ha hecho mal su trabajo o, lo que es peor, si no lo ha hecho, el periodista corre el riesgo de que su interlocutor llegue incluso a sentirse molesto por la ignorancia que demostrará tener el periodista sobre su persona, por lo que pocas ocasiones futuras le brindará para volver a conversar con él.

El proceso de documentación que toda entrevista exige evita que el periodista formule la pregunta impertinente de “¿en qué fecha fue usted nombrado ministro?”. El periodista tiene que haber manejado suficiente documentación sobre el entrevistado para no caer en banalidades de este calibre ni ponerse de esta manera en evidencia ante su interlocutor (Quesada 1994: 262).

La otra cuestión técnica que es imprescindible abordar es la elaboración de las preguntas que deberán guiar la conversación con el entrevistado. En este punto es importante que el periodista no pretenda abarcarlo todo de una sola vez, como si no fueran a existir otras oportunidades para volver a entrevistar al personaje. Es mucho más aconsejable que centre su atención en unos pocos aspectos de los muchos que, con toda seguridad, pueda tratar con el entrevistado.

No se trata de reducir a cinco páginas su biografía completa o



de preguntarle por las miles de ideas que seguramente le rondarán por la mente. En el corto espacio de tiempo que habitualmente dura una entrevista periodística, es más que suficiente con cubrir aquellos objetivos informativos mínimos que justifiquen el interés por el personaje y su aparición en un medio de comunicación.

Por otro lado, los expertos en sondeos de opinión saben por experiencia que obtendrán respuestas diferentes en función de cómo estén formuladas las preguntas del cuestionario. También los periodistas son muy conscientes de que no es lo mismo dejar que el entrevistado se exprese libremente que hacerle dar una respuesta que tal vez nunca antes habría dado de no haber sido inducido a ello por la hábil oratoria del periodista.

Y si es importante la manera como van a formularse las preguntas, no lo es menos el orden lógico con el que vayan a sucederse. Lo más correcto es preparar un guión escrito y utilizarlo en la conversación cuando se considere necesario. Sin embargo, en ningún caso este guión deberá ser un instrumento que entorpezca el libre fluir del diálogo. Los buenos entrevistadores acostumbran a llevar ese guión memorizado y sólo recurren a él para salvar aquellos momentos de silencio embarazoso en los que es necesario cambiar de tercio.

Otro aspecto de la técnica de la entrevista al que deberemos prestar una especial atención es la preparación psicológica que implica el acudir a la cita con un entrevistado. Puesto que, como ya ha quedado dicho, no se trata de un encuentro casual sino de algo convenido y acordado por ambas partes, es imprescindible que el periodista acuda con la actitud profesional adecuada para sacar el máximo provecho de la ocasión. No hay nada más detestable que la actitud prepotente del que todo lo sabe y del que nada necesita aprender.

Tampoco está de más que el periodista aprenda a controlar sus propios entusiasmos y sus quinas y se presente ante el personaje simple y llanamente con la actitud abierta del que quiere saber. En este sentido, Hugh C. Sherwood (1976: 14) afirma que ninguna técnica, truco o sistema podrá nunca sustituir la impresión que el periodista causará como persona.

Por último, no quiero dejar de señalar que la actitud profesional del entrevistador debe estar siempre dispuesta a adaptarse y/o contrarrestar la propia actitud que muestre el entrevistado a lo largo de la conversación. Esto quiere decir que, ante los que se avienen gustosamente a dialogar y a responder a cuantas preguntas se le formulan, hay que prestarles toda la atención y hacerles sentir

*“Una cita para entrevistarse”: en torno a la entrevista*



que se les escucha y, lo más importante, que se les entiende. En cambio, ante los entrevistados que no muestran interés en hablar o que responden esquivos a la interlocución, hay que saberles conducir con suavidad hacia nuestro terreno, hasta conseguir que nos proporcionen una buena entrevista periodística.

Sean cuales fueren las circunstancias que puedan darse cita en ese encuentro, es imprescindible que el periodista muestre siempre un buen conocimiento de los hechos que justifican el interés por el entrevistado o por su particular personalidad. Sólo así logrará evitar que le engañe o que le mienta.

Aunque no sepa exactamente todos los detalles de los hechos por los que le pregunta, podrá detectar con relativa facilidad que el entrevistado no está siendo honesto en sus respuestas y, en consecuencia, deberá esforzarse por ponerle en evidencia en defensa del derecho general que todos tenemos a la información veraz.

Como decía al principio, de la entrevista podemos estar hablando mucho, mucho tiempo, pero creo que lo apuntado hasta aquí es suficiente para que quienes no pertenecen al ámbito del periodismo puedan hacerse una idea bastante exacta de este género y de todas las dificultades que entraña.

Y, desde luego, no olviden el proverbio árabe que está en la base de toda comunicación humana: quien no comprende una mirada, tampoco comprenderá una larga explicación (y, desde luego, nunca podrá llegar a ser un buen periodista).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta Montoro, José (1973): *Periodismo y literatura*, Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Arfuch, Leonor (1995): *La entrevista, una invención dialógica*, Barcelona: Paidós.
- Balsebre, Armand / Mateu, Manuel / Vidal, David (1998): *La entrevista en radio, televisión y prensa*, Madrid: Cátedra.
- Cantavella, Juan (2002): *Historia de la entrevista en la prensa*, Madrid: Editorial Universitas, S.A.
- Echevarría Llombart, Begoña (2002): *Las W's de la entrevista*, Valencia: Universidad Cardenal Herrera-CEU.
- Frattini, Eric / Quesada, Montse (1994): *La entrevista. El arte y la ciencia*, Madrid: Eudema.
- LópezHidalgo, Antonio (1997): *La entrevista periodística, entre la información y la creatividad*, Madrid: Ediciones Libertarias.
- Quesada, Montse (1984): *La entrevista: obra creativa*, Barcelona: Mitre.



Quesada, Montse (1992): "Com escoltar les fonts abans d'escriure", en *Periodística* (Barcelona: Sociedad Catalana de Comunicació) 6, pp. 61-67.

Rodríguez Betancourt, Miriam (1984): *Acerca de la entrevista periodística*, La Habana: Universidad de La Habana.

Rodríguez Betancourt, Miriam (2001): *La entrevista periodística y su dimensión literaria*, Madrid: Tauro Ediciones.

Sherwood, Hugo C. (1976): *La entrevista*, Barcelona: ATE.

"Una cita para entrecerse": en torno a la entrevista

137



[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)